

la verdad sobre la revuelta de **RÁNQUIL**



LA VERDAD SOBRE LA REVUELTA DE RANQUIL

EL AUTOR

HARRY FAHRENKROG REINHOLD, nace el 07 de Agosto de 1913 en las praderas de Canadá cerca de la ciudad de Regina, Provincia de Saskatchewan. Sus padres son Willy Fahrenkrog, nativo de Hamburg Alemania, y Christina Reinhold, chilena oriunda de Concepción. A los dos años fallece su madre, a raíz del nacimiento de su cuarto hijo.

En 1918 don Willy Fahrenkrog, forzado por las circunstancias, decide abandonar la "Homestead" o parcela que le había asignado el Gobierno de Canadá, y viaja a Chile acompañado de su segunda esposa y de sus tres hijos, Bruno, Elfriede y Harry, haciendo escalas algunos meses en Los Ángeles (USA) y en México. En Chile llevan una vida inestable y aventurera, recorriendo el país de Norte a Sur, estableciéndose temporalmente en distintos lugares donde don Willy trabajará de Contador. De este modo Harry experimenta una serie de cambios de colegio, hasta que a la edad de 14 años decide independizarse de su familia, alcanzando a cursar solamente 6to. Preparatoria.

Lo que más lo atrae son los campos y los caballos. En busca de ello, y decidido a trasladarse a Argentina en pos de esos parajes, acompaña a una caravana de cabalgaduras que se dirige desde Los Ángeles a Lonquimay en marzo de 1928, cuando aún no cumple 15 años. El valle de Lonquimay lo cautiva por completo, encontrando trabajo como mozo donde Bruno Ackermann, un comerciante alemán radicado en la zona. Desde el año 1928 hasta la revuelta de 1934 permanece como empleado de don Bruno. Luego se independiza, comprando una de las hijuelas colonizadas de Ránquil.

Posteriormente se emplea en el Fundo Rahue, de 28.000 ha., asumiendo como administrador durante ocho años. En 1945 se casa con Helga Butendieck, formando un hogar de cuatro hijos: Gustav, Edmund, Willy y Harry Víctor. En 1947 se emplea en una importante empresa maderera de la zona, MOSSO S.A., donde permanece 28 años, de los cuales a los últimos ocho asume como Gerente de Producción de la Fábrica de Terciados de Curacautín.

Entre 1946 y 1947 logra con su esfuerzo personal adquirir tres propiedades en el valle de Lonquimay. Paralelamente, todo su tiempo libre lo dedica a la crianza de equinos, iniciando en 1954 un criadero de caballos finos inscritos, "Malal Potro", que ha adquirido renombre por la cantidad, rusticidad y calidad de los productos criados en plena cordillera.

El 10 de septiembre de 1982, ante el asombro y la tristeza de cuantos conocieron su gran vitalidad, fallece en una de sus propiedades de Sierra Nevada, Lonquimay.

Después de su muerte, entre los documentos personales del autor se encontraron manuscritos que contienen una detallada descripción y análisis de los acontecimientos relativos a la Revuelta de Ránquil. Con estos valiosos testimonios en poder de la familia, el editor estimó un deber publicarlos en su forma original, como un modo de contribuir a esclarecer este oscuro episodio de nuestra historia.

INTRODUCCION

En el año 1934 hubo un levantamiento en la colonia de Ránquil, Comuna de Lonquimay, Departamento de Curacautín, Provincia de Malleco.

El autor fue testigo presencial de estos acontecimientos, y aunque se hayan publicado dos libros al respecto, considera que es conveniente dejar constancia de los hechos mismos, señalando sus causas y consecuencias y sin inclinarse a ningún lado.

I

IDIOSINCRACIA Y COSTUMBRES ORIGINALES EN EL VALLE DE LONQUIMAY

En el año 1928 cuando el autor llegó a Lonquimay el valle se encontraba aislado del resto del país por la cordillera de *Las Raíces*, la cual permanecía cubierta de nieve desde el mes de abril hasta noviembre de cada año, impidiendo la pasada a caballo durante períodos de hasta cuatro meses.

Durante el resto del año, sólo se podía cruzar la cordillera desde enero a marzo con carretas tiradas por bueyes, los cuales constituían el medio de transporte más importante. Para abastecer a la población de alimentos y de todos los productos que no se producían en el valle, se formaban grandes caravanas de carretas, las cuales cargaban un máximo de una tonelada cada una, cuando la mercadería no era demasiado voluminosa. Estas carretas eran tiradas por dos yuntas de bueyes en la subida de la cordillera y frenadas con igual cantidad en la bajada, donde la yunta de cuarta (remolque) se colocaba detrás de la carreta sujetando a ésta por medio de una cadena.

La vida económica de la población giraba alrededor de la crianza, habiendo dos épocas en el año durante las cuales los habitantes obtenían ingresos en efectivo para surtirse de víveres y vestuario, como así mismo de toda clase de mercaderías indispensables. Generalmente el jefe de familia tenía crédito en alguno de los negocios del pueblo de Villa Portales (Lonquimay) o de los "boliches" instalados en lugares estratégicos donde confluían diversos caminos. En estos negocios traían toda clase de mercaderías, desde abarrotes, géneros, ferretería, hasta medicamentos. Los créditos se otorgaban a largo plazo y generalmente de un año a otro. La época de la venta de corderos era la principal fecha de ingresos. En ésta se cancelaban las deudas del año anterior y se pedían nuevos créditos. La época de la esquila era otra fecha en que la venta de la lana proporcionaba ingresos en efectivo.

Así como los negocios traían toda clase de mercaderías, también se comercializaban los productos del valle, desde los animales vacunos y ovinos hasta cueros, crines, lanas y quesos.

La vida transcurría plácidamente, sin sobresaltos, y todos los habitantes del valle se conocían unos a otros y estaban relacionados por lazos familiares en cada sector. Era tan hermoso el valle que ejercía un hechizo sobre el forastero recién llegado por la pureza del aire, sus valles enmarcados entre altas cordilleras de cumbres nevadas y su vegetación virgen, donde aún no se había explotado la madera ni se había erosionado por el "sobretalajeo".

La gente era sencilla, cariñosa y de una franqueza que sólo se conoce en lugares donde la civilización aún no ha corrompido la moral, lo que ejercía un atractivo irresistible sobre las personas que habían conocido la vida en centros densamente poblados. Todo era cariño, amistad y comprensión. El orgullo era sobresalir, ya fuera en las faenas propias de su oficio de crianceros, ya en las especialidades de hacer aperos para sus cabalgaduras –riendas, lazos, pellones para monturas, maneas, etc.-; o en el caso de los aperos para sus carretas, desde la confección de estas mismas hasta sus yugos, coyundas y cabestros. Para todos estos quehaceres sólo disponían de cuchillos, hachas, corvinas y barrujos, desarrollando una destreza difícil de igualar. También constituía motivo de orgullo sobresalir en las faenas de laceaduras, domaduras de caballos, o ser capaz de cruzar la cordillera a pie con “maúllos” (raquetas) para la nieve, y cargados hasta con un quintal de harina o de otras provisiones. A modo de ejemplo, en el año 1933 cayó una nevada prematura en el mes de marzo, la cual bloqueó el valle de Lonquimay, sin que los comerciantes pudieran proveerse de mercaderías suficientes para todo el invierno. La mercadería más voluminosa y pesada era la harina, por lo cual, una vez cerrada la cordillera, no podía transportarse a lomo de mula, como se hacía con mercaderías menos voluminosas y pesadas. Por tal razón hubo una escasez de harina durante ese invierno, a tal grado que ésta se transportaba a hombros desde El Colorado, el lado oeste de la cordillera, hasta el pueblo de Lonquimay. Los indígenas de la reducción de Ñanco lo hacían de esa manera: los hombres adultos cargaban un quintal, las mujeres medio quintal y los adolescentes un cuarto de quintal.

El tener miedo era motivo de mofa, y el que se rendía en una cruzada de la cordillera, tenía que soportar las burlas de sus amigos y el deprecio de las muchachas. Sólo el capaz era admirado.

Conociendo a la gente, sus costumbres e ideales se obtenía la impresión de haber retrocedido uno o dos siglos en el calendario del tiempo. Esta impresión se reforzaba por el aislamiento del valle. El tiempo no tenía importancia, sólo las distintas épocas del año obligaba a trasladar a los animales desde las invernadas a las veranadas, y a las esporádicas tareas de esquila o parición, sin horario ni fecha fija. Cada cual tenía tiempo suficiente para dedicarse a los oficios o deportes que más le atraían, o sencillamente visitar a sus vecinos, los cuales en muchos casos quedaban a varios kilómetros de distancia.

La belleza del valle en cualquier estación del año era insuperable; en primavera y verano todo era verde y la abundancia de los talajes hacía engordar a los animales más rápidamente que en cualquier otro lugar de la región.

En otoño los bosques tomaban tonalidades desde el rojo vivo del raulí hasta el castaño púrpura de los ñirantales, con todas las variedades imaginables, contrastando el amarillo de los robles con el verde de los coigües y araucarias. En invierno todo se cubría de un manto blanco de nieve, interrumpido sólo por una franja angosta de los terrenos más bajos que bordeaban los ríos, que se deslizaban entre cordilleras abruptas, formando cajones aislados, donde cada puestero cuidaba su rebaño, no teniendo otro límite que el natural de las altas cumbres.

En esta semi soledad, el alma del hombre fortalecida por la rudeza del ambiente, se templaba produciendo una candidez de niño y una altivez de rey. El habitante del valle de Lonquimay de esos tiempos era indómito, libre y feliz. Sin embargo, el avance de la civilización no podía pasar sin efecto, aún para las regiones más aisladas de la nación.

II ORIGEN Y CAUSAS DEL CONFLICTO TRATADO DE LÍMITES

Para sentar los orígenes de los sucesos de Ránquil debemos remontarnos al año 1881, fecha en la que se llegó al advenimiento entre Chile y Argentina de fijar el límite entre ambos países de acuerdo a la divisoria de las aguas, pues a consecuencia de este tratado quedó el valle de Lonquimay en beneficio de Chile.

Era entonces Ministro de Guerra Francisco Puelma Tupper, quien poseía una propiedad en los nacimientos del río Renaico, denominada San Ignacio de Pemehue, cuyos deslindes indicaban que el oriente colindaba con la República Argentina.

Ahora sobre la base de sus títulos de dominio, habiéndose extendido este límite hasta los nacimientos del río Biobío, Puelma reclamó como suyo todo el territorio que recayó a favor de Chile, del cual hizo ocupación.

Sin embargo, se había llegado a un convenio entre las dos repúblicas de repatriar a los ciudadanos de ambos países que quedaban en territorios extranjeros. Al estudiar los antecedentes, el Gobierno Chileno notificó al Señor Puelma que tenía que hacer entrega de los terrenos ocupados, con el fin de radicar en ellos a los chilenos que a raíz del tratado había quedado en territorio argentino, como también a los antiguos pobladores del valle.

De esta manera se colonizó el valle de Lonquimay, habiéndose considerado aptos para ello los terrenos que quedaban al sur de los fundos Rahue y Chilpaco. Los terrenos al norte de estas líneas se arrendaron a Puelma Tupper por treinta años, pasados los cuales la familia Puelma sencillamente siguió ocupando estos terrenos en calidad de propietaria.

LEY DE PROPIEDAD AUSTRAL Y FORMACIÓN DE HIJUELAS (FUNDOS)

Los terrenos ocupados por los Puelma se dividieron en cinco hijuelas, a saber: Rahue, de 28.000 ha: Chilpaco, de 18.000 ha., Ránquil, de 37.000 ha., Lolco, de 46.000 ha., y Vilucura, de 60.000 ha.

Durante el primer mandato de don Carlos Ibáñez del Campo, en 1929, se dictó la Ley de Propiedad Austral, con el fin de sanear los títulos de innumerables predios al sur del Biobío, que carecían por completo de ellos. Según esta Ley tenían derecho a propiedad todas aquellas personas o familias que hubiesen ocupado terrenos fiscales antes del año 1891.

La familia Puelma se encontraba en esta situación con respecto a las hijuelas anteriormente mencionadas y por ende tuvo derecho legal sobre estos terrenos. Pero asimismo, se les reconocieron derechos a los primeros sirvientes que vinieron con ellos.

INQUILINOS Y FAENAS EN LOS FUNDOS

Estos fundos eran explotados extensivamente con crianza vacuna, por la familia Puelma, pudiendo tener cada inquilino el número de animales que le conviniera; como asimismo le era permitido sembrar dos a tres cuadras de trigo por su cuenta, sin considerar el trigo que sembraran "a medias". La única obligación que tenían con el fundo era poner un personero diariamente para los trabajos de mejoras y cuidado del ganado, como asimismo asistir con todos sus familiares a los rodeos y marcaciones, y en algunos fundos preparar una cantidad determinada de estacas para mantener las mejoras.

Los rodeos se convertían en grandes espectáculos y festividades. Una vez al año venían los dueños de los fundos a revisar y marcar los animales, durando estas faenas hasta 15 días consecutivos, en los cuales se rodeaban todos los animales que se encontraban dentro de los límites del fundo. Una vez separados los animales ajenos, se procedía a señalar las crías de pie y a marcar y castrar los animales del año; Se separaban los lotes de crianza y engorda y se arreaba cada lote a las veranadas en cantidades adecuadas a la capacidad talajera de cada valle, los cuales están separados por altas cordilleras. De esta manera se rezagaban los terrenos más bajos para el invierno, aprovechándose los ricos pastizales de las altas cordilleras, con sus mallines, faldeos de coironales y quilas, y los bosques con toda clase de plantas nutritivas como el liuto, la lechuguilla, etc. Asimismo, ya en los meses en que caían los piñones, los animales criollos los comían, obteniendo una gordura excepcional, igual que si hubiesen engordado en pesebrera.

Durante los días de rodeo se congregaban todos los habitantes de los fundos como en un gran festival. Los hombres se preocupaban de las faenas del campo: rodeos, apartas, marcación, castraje, etc. Y las mujeres, de preparar los alimentos, que consistían principalmente en asados al palo, pan ensaladas y mate. Durante todo el día había asados en los fogones, de tal manera que a medida que llegaban los jinetes con los distintos lotes de animales, estos se servían a discreción de todo lo que hubiese a disposición, regando el asado con la rica chicha de manzana que se guardaba especialmente en grandes pipas para estos acontecimientos.

Durante las noches se tocaba la guitarra, se bailaban cuecas y vals, y cada galán trataba de superarse en la gracia y en el garbo propio del pueblo chileno.

Después de los arduos días de rodeos, marcas y todas las agotadoras faenas de laceaduras y arreos a largas distancias, culminaban los rodeos anuales con la entrega de caballos para "amansa", convirtiéndose esto en el espectáculo más llamativo. Se rodeaban todos los caballos de tres años cumplidos, y después que cada amansador demostraba la mansedumbre de la cabalgadura que había recibido el año anterior, como así mismo su estado sanitario en cuanto a lastimaduras, por efecto de la montura o por espuelas, tenía derecho a escoger los caballos que deseaba amansar, siendo su cantidad de uno a tres, según el trato y adiestramiento que hubiese dado en la amansa anterior. La condición era que tenía que ensillar el chúcaro de inmediato, el cual era soltado en un corralón que medía una cuadra de ancho por una media cuadra de largo, y en donde simultáneamente corrían y bellaqueaban más de cuarenta caballares ariscos. Se daban encontrones con tal violencia, que en muchas ocasiones caían por el suelo tres o cuatro caballares con sus jinetes, conformando un montón de cuerpos y miembros que se movían con desesperación; los caballos por ponerse de pie y los jinetes por escapar de los apretones, patadas y golpes que provocaban estas colisiones. Era tan emocionante este espectáculo que toda persona que lo haya visto no puede olvidarse de él en toda su vida. Lo curioso era que en muy rara ocasión se producía una lesión grave, y casi nunca un caso fatal. Debido a la recia musculatura de los individuos, estos rodaban por el suelo, recibían patadas y eran aplastados por sus cabalgaduras sin más consecuencia que una leve

cojera o algún moretón en el cuerpo o en la cara. Es increíble lo que resiste el cuerpo humano bien ejercitado, y sobre todo lo que puede influir un ambiente en el cual cualquier signo de debilidad provoca mofa y ridiculización por parte de sus semejantes.

Constituía asimismo un honor poder proporcionar el mejor apero, ya fuera lazo, bozal, rienda o manea, al patrón, el cual en algunas ocasiones era un diestro laceador y se divertía laceando, cerco por medio, a los chúcaros que elegía cada jinete, con lazos tranzados de ocho hebras, los cuales al rozar los tranqueros, levantaban humaredas, y por tanto resistían pocos tirones. Apenas se cortaba uno de estos lindos lazos, ya aparecía otro inquilino ofreciendo al patrón un nuevo hecho especialmente para esta ocasión; habiendo puesto en la hechura todo su amor propio, lo ofrecía diciendo: "Tome este patrón, ¡a ver si lo cortan!".

El visitante procedente de los centros poblados se quedaba perplejo ante la simplicidad de la gente y su capacidad de resistir durante quince días consecutivos todo el rigor de las duras faenas del rodeo, quedándoles aún ánimos y fuerzas para demostrar su destreza y valentía en la domadura el último día.

Son tiempos que para Chile no volverán. Los campos se han parcelado, la población se ha politizado y en nuestros días reina la ambición del dinero y el poder; los sentimientos de odio de los postergados frente a los aventajados, la venganza y la violencia, contrastan con los sentimientos predominantes en aquellos días en los cuales en los aislados valles de la cordillera se conservaba aún el espíritu de superación y de competencia sana, coronada por la admiración a los que sobresalían, de todos en general, incluyendo a los que se sentían vencidos.

JUAN LEIVA TAPIA

De esta manera llegaremos a establecer el cambio radical producido por la llegada al valle de Juan Leiva Tapia, quien destruyó todos los valores morales del pasado, sembrando el odio de clases y las ideas políticas en las mentes de los pobladores, que hasta entonces habían vivido como niños, con las virtudes y defectos propios de todo ser humano, pero que debido al ambiente reinante, se esforzaban por superarse a sí mismos, fomentando sus virtudes y reprimiendo sus defectos.

Leiva Tapia, jugó un papel muy importante en todos los sucesos que siguen, por lo cual se hace de él una breve reseña biográfica.

Nació a comienzos de siglo en el Alto Biobío, lugar en el cual su padre había adquirido por remates al Fisco algunas propiedades, convirtiéndose en un próspero criancero de la zona. Como Juan fue el hijo más destacado en los estudios, después de rendir su bachillerato siguió estudiando Leyes en la Universidad de Chile en Santiago. Cuando cursaba el 2do. Año, su espíritu inquieto y su inclinación a la rebeldía lo llevaron a participar en una huelga estudiantil, por lo cual fue expulsado de la Universidad. Se estableció en la ciudad de Victoria como profesor primario, y a la vez defendía causas en los tribunales de justicia, lo que en aquellos años se apodaba "tinterillo". Siguió militando en el Partido Comunista, como lo había hecho ya en su tiempo de estudiante.

En la primera administración del Presidente Ibáñez se promulgó una ley según la cual sólo un abogado podía defender causas ante los tribunales. Con esta Ley, Leiva Tapia perdió su mejor fuente de ingresos ya que oficio de "tinterillo" le acarrearía mayores beneficios que su trabajo como profesor.

Apremiado por su situación económica se trasladó a su tierra natal, el Alto Biobío, APRA formar allí un sindicato agrícola con los pobladores y conseguir tierras fiscales para el pastoreo de veranada. En vista de que los habitantes de esa zona conocían al que había nacido entre ellos como persona enredosa y rebelde no tuvieron confianza en él, fracasando en su intento de formar dicho sindicato.

FORMACIÓN DEL SINDICATO AGRÍCOLA DE LONQUIMAY E INICIO DE LA COLONIZACIÓN

Por esas raras casualidades que depara el destino, Leiva Tapia conoció a Bruno Ackermann, quién tenía un negocio en una hijuela colindante con el fundo Rahue, en la casa de Carlos Vergara en Curacautín. Don Bruno trabajaba en sociedad con su hermano Jorge, y su clientela abarcaba tanto a los colonos del Alto Biobío como a los inquilinos de los fundos de Puelma. En casa del Señor Vergara, Leiva Tapia le expuso a Don Bruno, que habiendo estudiado la Ley de Propiedad Austral, se había percatado de que los fundos de los Puelma carecían de títulos y los habitantes de estos fundos tenían derecho a ser propietarios de estas tierras. Don Bruno, después de analizar los antecedentes expuestos por Leiva Tapia, aplicó un razonamiento netamente comercial. Pensó que al quedar las tierras en poder los Puelma, nunca aumentaría significativamente la población en el sector; en cambio, si colonizaban dichos fundos, esta sí aumentaría, y a mayor población mayor comercio. Por esta razón apoyó las ideas de Leiva Tapia y lo invitó a vivir en su casa, lugar al que llegaban todos los pobladores de los fundos.

El prestigio de que gozaban los hermanos Ackermann como comerciantes, le facilitó a Leiva Tapia los contactos con los inquilinos, avalando la honradez de los conceptos vertidos por éste con lo cual se allanó el camino a la organización del Sindicato, cuyo objeto sería colonizar los fundos que ocupaba la familia Puelma.

Por otra parte, don Bruno había conocido en Alemania el funcionamiento de las cooperativas campesinas, y pensó que esta forma de organización podía aplicarse en este caso.

Pronto se formó el Sindicato Agrícola de Lonquimay, principalmente con inquilinos de los fundos de Puelma. Una vez formado el Sindicato, Leiva Tapia como Presidente empezó a hacer los trámites ante el Ministerio de Tierras y Colonización para obtener el derecho a la colonización de éstos terrenos. Al mismo tiempo, la familia Puelma estaba haciendo los trámites para sanear los títulos de acuerdo a la Ley de Propiedad Austral.

En vista de que sobre los mismos terrenos aparecían interesados con iguales derechos, por haberlos ocupado antes de 1891, y después de largos comparendos, se llegó a un acuerdo entre el Fisco y los interesados. Se les reconocía derecho de propiedad tanto a los Puelma como a los primeros inquilinos que éstos trajeron, y a sus descendientes. Se acordó entre las partes que para que los Puelma pudieran sanear los títulos sobre los fundos, tenían que entregar 4.000 há., colonizables de cada fundo, para radicar al personal que también tenía derecho.

A raíz de este acuerdo, la familia Puelma decidió otorgar la totalidad de las hectáreas en el Fundo "Ránquil", en vez de 4.000 ha., en cada fundo por separado. De esta manera se destinó el Fundo "Ránquil" para su colonización.

AUGE DEL SINDICATO

Una vez que los habitantes del valle de Lonquimay se percataron de que las gestiones realizadas por el Sindicato se veían coronadas por éxito, muchas personas solicitaron poder para ingresar al mismo con la esperanza de obtener un pedazo de terreno propio. Leiva Tapia, lejos de explicarles a los nuevos interesados que sólo tenían derecho a las tierras los primeros inquilinos venidos con la familia Puelma y sus descendientes, les prometía tierras a todos y les aseguraba que se colonizarían todos los fundos de los Puelma.

A medida que aumentaban los postulantes, se aumentaban las cuotas de ingreso y las cuotas ordinarias. De esta manera Leiva Tapia pronto pudo disponer de considerables recursos económicos, con lo cual aumentaba día a día su influencia en los círculos políticos de Santiago.

La crisis económica que imperó desde el año 1928 en el mundo entero, vino a impactar en la economía chilena en 1929, aumentando en intensidad y culminando en la crisis de las salitreras y la caída del Gobierno de Ibáñez. Se produjo una cesantía tremenda por la paralización de las salitreras, deambulando los miles de cesantes por el territorio nacional en busca de trabajo. A raíz de la gran crisis también perdieron su trabajo muchos empleados y obreros de la industria y el comercio, y todos competían por encontrar alguna fuente de ingreso, pero la búsqueda era infructuosa. De esta manera se fueron ubicando los más humildes en lugares donde sólo se les daba la comida. Los rebeldes o de carácter difícil seguían de pueblo en pueblo, sin otro alimento que el que se otorgaba en la "olla del pobre" instalada en todas las plazas públicas de Chile, consistiendo el alimento en un cucharón de comida que el interesado recibía en un tarrito. Se repartía generalmente una vez al día, habiendo siempre largas colas de personas que esperaban su turno para recibir el escaso alimento.

Para generar nuevos medios de subsistencia, en el Sur se inició la construcción del Túnel Las Raíces y se activaron los lavaderos de oro; generalmente el primer lugar al que llegaban los cesantes del norte era los lavaderos de Carahue. Aquí reinaba la ley del más fuerte, y había dos maneras de sobrevivir: o humillarse ante el más fuerte o enfrentarse al prójimo, lucha que terminaba invariablemente con la muerte de uno de los rivales. En estas circunstancias, y cuando la policía ya perseguía a un delincuente por reiterados asesinatos, éste huía del lugar y generalmente llegaba a los lavaderos de Cunco, donde se repetía la escena. Cuando ya la policía buscaba al individuo, éste huía de nuevo, atravesaba la cordillera y llegaba a los lavaderos de Lonquimay. De esta manera los que llegaban al valle de Lonquimay eran principalmente delincuentes con prontuario policial.

En el año 1931 había 16 policías en todo el valle de Lonquimay, incluyendo los carabineros de los Retenes de Liucura con una dotación de tres carabineros, y de Guayalí con igual número, de manera que el resguardo policial para todo el resto del valle se componía de 10 carabineros y un Teniente. Siendo Lonquimay un valle que durante seis meses del año se encontraba totalmente aislado del resto del país, ya que el único acceso era la huella que cruzaba la Cordillera de la Raíces, la cual durante el invierno permanecía nevada, pronto imperó la Ley del más fuerte en Lonquimay.

La inmigración al valle fue tan abundante, que miles de cesantes llegaron en busca de trabajo, ya fuera en la obra del Túnel, que se emprendiera para perforar la Cordillera de Las Raíces, ya en los lavaderos de oro.

Afortunadamente las arenas del Biobío eran generosas con este recurso, gracias al cual podían subsistir los mineros, e incluso darse lujos que no se podían haber dado en otro lugar. Muchos de estos mineros, atraídos por la promesa fácil de Leiva Tapia, ingresaron al Sindicato con la ambición de obtener una Hijuera propia donde poder trabajar y establecer un hogar definitivo. Nuevamente las filas de los socios del Sindicato fueron

umentando, lo que significó para Leiva Tapia aún mayores ingresos y mayor poder político.

PARCELACION Y RADICACION DE RANQUIL

A fines del año 1929 se encontraban a disposición de los interesados los terrenos del Fundo Ránquil, comenzándose los trabajos de subdivisión y mensura en 1930.

Al comienzo, cuando se planificó la colonización, se estableció un criterio técnico respecto a la cabida mínima por cada colono, la cual fue fijada según consejo de los Ackermann en 200 ha., de invernada y 300 ha., de veranadas, es decir, un total de 500 ha., por colono. Con el ingreso masivo de socios al Sindicato se vio que los terrenos disponibles no alcanzarían para todos, según estas cabidas. Leiva Tapia, más interesado en crearse una plataforma política que en dar solución al problema de los colonos, en vez de ilustrar a los antiguos inquilinos y a sus descendientes sobre sus derechos, propagó la versión de que todos los socios del Sindicato tenían derecho a las tierras. De por sí esta promesa constituía un fraude a los intereses de los primeros pobladores de los fundos y a sus descendientes, ya que no cabía una mayor número de aspirantes a colonos.

Llegó el momento en que se determinó que los terrenos no eran suficientes para asignárseles a todos los socios del Sindicato una parcela de acuerdo a la cabida mínima establecida.

A esa altura se nombró una comisión para que viajara a Santiago y pidiera al Presidente de la República un aumento de las cabidas para radicar a todos los interesados, habiendo recibido esta comisión un mandato especial de la asamblea de no aceptar la reducción de las cabidas fijadas.

Cuando el Presidente Ibáñez recibió la comisión y Leiva Tapia le hizo la exposición de la situación, mencionando que sólo una tercera parte de los interesados tendría cabida en los terrenos disponibles, el Presidente les hizo ver que no disponía de otros terrenos y propuso achicar la cabida de manera que cupieran todos; a lo cual Leiva Tapia, sin tomar en cuenta el mandato de no innovar en la cabida, e ignorando el resto de la comisión, contestó: "¡Como ordene su excelencia!". Acto seguido el Presidente dijo: "A usted Sr. Leiva, le voy a dar amplias facultades para arreglar a su mejor criterio esta situación". De inmediato tocó un timbre, y dictó la orden respectiva al Secretario, sin que ningún otro de los directores presentes: -Bruno y Jorge Ackermann, Manuel Astroza y Pablo Solís- tuviera la oportunidad o determinación de defender el acuerdo tomado por las bases respecto a la cabida mínima económica.

Investido Leiva Tapia de amplios poderes procedió a distribuir los terrenos a su antojo, eligiendo para sus fieles las mejores parcelas, a la vez que afianzaba su autoridad política sobre los miembros del Sindicato. Una vez mensurados los terrenos disponibles y confeccionados los planos de las parcelas, estas fueron asignadas por Leiva Tapia. Los topógrafos se pusieron a la obra de delimitar los lotes en el terreno, trabajo en el cual cooperaron los mismos interesados.

Al ubicarse las hijuelas en el terreno, resultó que muchos de los interesados quedaron disconformes y reclamaron ante Leiva Tapia para que les permutara la parcela asignada por otra destinada a otro colono. Si el reclamante era uno de sus favoritos, éste sin mayores trámites ordenaba el cambio; pero si el reclamante no era demasiado adicto a la persona de Leiva Tapia, éste se hacía pagar una buena suma para conceder este favor.

RUPTURA Y POLITIZACION DEL SINDICATO

Los topógrafos, cansados de tantas innovaciones, y sabedores de los abusos de Leiva Tapia, solicitaron una reunión de las bases con el Directorio del Sindicato, para expresar que no aceptarían nuevos cambios de ubicación y asignación de parcelas, por considerarlos arbitrarios, y por entorpecerles su trabajo, ya que tenían que rehacer cada vez toda la documentación, incluyendo la corrección de los planos. Se hizo una asamblea amplia en la casa del entonces Presidente del Sindicato, don Manuel Astroza. En esta reunión Leiva Tapia por primera vez rompió con los gremialistas, declarando abiertamente la persecución de los mismos y dando a conocer la orientación política que él seguía, que era la marxista. Hubo por tanto una división del Sindicato en dos bandos, los que apoyaban a Leiva Tapia y sus ideas políticas, y los que les daban la razón a los topógrafos. A su vez Leiva Tapia militaba en el Partido Comunista, el cual estaba fuera de la Ley, razón por la cual ya en este tiempo andaba huyendo de la justicia y no podía ejercer como Presidente del Sindicato. El segundo grupo fue encabezado por los Ackermann, quienes trataron de mantener cierto orden en el Sindicato. A raíz de esta ruptura se encontraron los ánimos de los grupos oponentes y siguió una campaña difamatoria entre un bando y el otro, incluyendo amenazas de muerte.

En la economía del Sindicato se hizo notar el alejamiento del sector gremialista, puesto que este ya no pagaba sus aportes ni contribuía con cuotas extraordinarias, a las cuales apelaba con gran frecuencia la directiva, cada vez que se originaba un viaje a Santiago.

La crisis económica ya descrita, que afectó durante largos años a Chile, agravó la situación económica de los nuevos colonos, quienes sufrieron pérdidas en sus animales, por falta de organización y orientación.

A su vez, con la caída del Gobierno de Ibáñez (1927-1931) se sucedieron diversos gobiernos de acto, los cuales duraban desde quince días hasta seis meses, y que se caracterizaban por la más absoluta anarquía, y su tendencia socializante. El desorden se generalizó; las amenazas de los partidos de izquierda aumentaban, y nadie sabía a que atenerse. Recién el segundo período presidencial de Arturo Alessandri Palma (1932-1938) vino a restablecer el orden en el país, pero la semilla de subversión ya había cundido.

Como se ha mencionado, Leiva Tapia estaba prófugo y vivía en la clandestinidad, pues a través de sus actuaciones había ascendido a un puesto importante en el Partido Comunista, que estaba fuera de la Ley. En ese mismo lapso vivía más en Montevideo, donde se encontraba la Central Sudamericana del Comunismo Internacional, y frecuentemente traficaba por los pasos cordilleranos de Ránquil a la República Argentina, camino a Uruguay.

LA VIDA DE LOS COLONOS

La aspiración mayor de los colonos había sido liberarse de sus patrones.

Una vez terminada la asignación de las parcelas en 1930, estos tomaron posesión de sus lotes, los cuales no eran más que campos, sin una mejora. Lo primero que tuvieron que hacer fue construir un rancho donde albergarse. Para esto fabricaban canoas para los techos y tabiques labrados a hacha por las paredes, y usaban carrizo o ratonera para techar. No existían cercos que separaran una parcela de otra, lo cual todos los animales pastaban juntos. Sin embargo, debido a las rigurosas condiciones climáticas imperantes en esa zona era costumbre rezagar los terrenos más elevados donde durante el invierno no se acumulaba tanta nieve, sacando durante el verano los animales a las veranadas. Muchos colonos más visionarios practicaban esta técnica, pero había un porcentaje que, por no mantener dos casas, dejaban los

animales en las invernadas, con lo cual pastaban los talajes que debían ser rezagados para el invierno, y como no existían cercos, pastaban tanto en sus propios campos como así mismo en el de los vecinos. En vista de esto, aquellos colonos que habían subido sus animales a las veranadas. Veían que su esfuerzo era en vano, y también bajaban sus animales prematuramente a las invernadas. Las consecuencias no se hicieron esperar: por falta de talaje y forraje pereció el 50% de los animales que los colonos habían traído consigo en el primer invierno. Al segundo invierno, nuevamente murieron más de la mitad de los animales que había sobrevivido al anterior.

Esta ruina, a la cual había que agregar la prolongada crisis económica, llevó a la desesperación a muchos colonos.

El Sindicato, lejos de preocuparse del bien de sus socios, sólo repartía proclamas políticas, culpando al gobierno de los ricos de la pobreza reinante. Así mismo a toda persona que no compartía sus ideas políticas, la culpaban del malestar y amenazaban de muerte a todos los opositores para el día que ellos (los comunistas) llegaran al poder.

Muchas de las anécdotas de aquellos tiempos cuando se hacían reuniones secretas, condenando a muerte a todos los colonos opositores a las consignas del Sindicato. Las amenazas eran tan espeluznantes como las que siguen: "¡Te vamos a matar a pausa!" o "¡Te vamos a sacar la carne a pellizcos!".

Por lo tanto el Sindicato, en vez de organizar a los colonos para que pudieran aprovechar en mejor forma los terrenos disponibles, dándoles asistencia técnica, sólo sembraba el odio entre ellos. Paulatinamente los dirigentes del Sindicato de transformaron en amos del mismo, al mando de una masa incondicional dispuesta a correr cualquier aventura, además de amenazar de muerte a cualquier persona que tratara de esclarecer la situación, tildándola de "traidora" o "vendida a los ricos". De esta forma el terror se imponía en la Colonia de Ránquil.

Durante el mismo período en el cual la familia Puelma extendía su influencia sobre los terrenos que quedaron bajo soberanía chilena, detrás de la cordillera de Pemehue. Don Martín Bunster, quien poseía extensos terrenos en la zona de Los Ángeles, avanzó por la ribera norte del Biobío, ocupando los terrenos al oriente de la reducción indígena de Ralco, denominados Guayalí. Hubo rivalidad entre los Puelma y los Bunster, a tal punto que cuando Puelma trató de cruzar el Biobío por medio de un puente que quería construir en una angostura en el lugar Contraco, Bunster mandó dinamitar las bases de concreto que Puelma estableciera en la ribera norte, amenazando de muerte a toda persona que ingresara a estos terrenos sin su expreso consentimiento. De esta manera se formó el Fundo Guayalí, de 60.000 ha. Los títulos de ese fundo cayeron también bajo la Ley de Propiedad Austral, aplicándose para estas tierras las mismas normas que para los terrenos de Puelma. Se les reconocía derecho de propiedad a los Bunster por haber ocupado esos terrenos antes de 1891, pero también se exigía se entregaran 4.000 ha., colonizables para los primero inquilinos y sus descendientes.

Sin embargo, Leiva Tapia por medio de sus incondicionales, desde un principio hizo correr la voz de que los miembros del Sindicato no aceptarían que los arrinconaran en 4.000 ha., y exigían la totalidad del fundo.

Si el Gobierno no se lo daba a la "buena", sería tomado por la fuerza lo que a juicio de ellos era suyo. Esta posición la adoptó el Sindicato, basado en la experiencia de Ránquil, donde, una vez satisfechos los apetitos de propiedad, muchos colonos dejaron de asistir a las reuniones sindicales, dejaron de pagar sus cuotas mensuales e incluso formaron grupos opositores a los mandatos del Sindicato.

Basado en esta experiencia y en las consignas del Comunismo, de mantener siempre insatisfechas a las masas, Leiva Tapia conscientemente boicoteó una solución razonable para el Fundo Guayalí. En el año 1932 se empezaron a

medir las 4.000 ha., que debía entregar Bunster para sanear los títulos de este fundo.

Desde un principio los colonos pretendían que se les entregaran las vegas de Nitrito para ser parceladas; sin embargo los topógrafos comenzaron a medir los terrenos del sector Llanquén, totalmente inadecuados para colonizarlos, debido a lo ríscoso del terreno. Cuando protestaban los aspirantes a colonos por la mensura, los dirigentes del Sindicato les decían que los zoógrafos no eran empleados fiscales sino palos blancos de los Bunster, por lo cual no había que hacerles caso, que nadie los movería de donde habitaban, y que si esto se intentara, los colonos se defenderían por las armas, y no se dejarían expulsar de Guayalí.

Los topógrafos, por su parte, aseguraban que eran empleados de Ministerio de Tierras y Colonización, y que la mensura que ellos estaban haciendo era la oficial. Cuando los colonos les preguntaban por qué medían esos terrenos, ellos respondían que reconocían que no eran aptos para colonización, pero que ellos habían recibido instrucciones al respecto y tenían que cumplirlas. Insistían que era deber de los interesados hacer los reclamos del caso, y a la brevedad posible, ya que, una vez terminada la mensura y hechas las escrituras entre el Fisco y Bunster, no quedaría otra cosa que radicarse en los terrenos mensurados.

A estos argumentos los dirigentes del Sindicato contestaban con las mismas consignas de siempre: que los colonos no iban a respetar la mensura; que nadie los movería de las tierras donde vivían y que solo muertos saldrían de ahí.

En reuniones, donde ya se proponía el asalto a la administración del fundo y a Carabineros, hubo escenas violentas entre aquellos miembros del Sindicato que querían que se respetaran las leyes, y por lo tanto se hiciera el reclamo correspondiente a tiempo, y los que ya estaba politizados por Leiva Tapia y que rían al violencia y resolución. Cualquier persona que se atreviera a objetar los argumentos del Sindicato era amenazada de muerte, y en varias ocasiones más de uno tuvo que retirarse fugitivamente para no ser víctima de agresiones.

La tensión iba en aumento a medida que avanzaba la mensura, y finalmente, cuando se hicieron las escrituras y fueron notificados los inquilinos de Guayalí que tenían que retirarse del fundo para ocupar los terrenos destinados a ellos, se hablaba abiertamente de agresión a Carabineros y asalto a la administración de fundo.

En una gran concentración para acordar el ataque a Carabineros, el autor de esta obra tuvo el coraje de hacerles ver a los amotinados que ellos con palos y piedras nada podían hacer contra Carabineros. Fue insultado de la peor manera y prácticamente correteado de la asamblea por estar "vendido a los patronos" y "ser enemigo de los colonos".

Los inquilinos más conscientes se reunieron en número de quince, para declarar, públicamente, que ellos querían retirarse a la buena del fundo y, por tanto, fueron a notificar al Presidente del Sindicato de su resolución.

Este les manifestó que habían enviado una comisión a Santiago para pedir amparo al Gobierno y les pidió que esperaran el regreso de la comisión, antes de adoptar medidas por su cuenta. Después de este acto, los que lo encabezaron fueron amenazados de muerte y sólo por ser hombres absolutamente resueltos, no fueron agredidos de inmediato.

Finalmente sucedió lo que habían advertido los topógrafos: no se interpuso reclamo alguno oportunamente; y cuando vinieron las notificaciones se hizo caso omiso de ellas. Agotadas tres notificaciones, vino la orden de lanzamiento.

Se mandaron desde Victoria veinte Carabineros a efectuar el desalojo, y cómo éstos llegaron en varios grupos e impresionaron por su número, los inquilinos, a pesar de oponer resistencia inicial, no tuvieron otra alternativa que cargar sus útiles y bultos sobre sus carretas y dirigirse a los terrenos a que se les había destinado. Se extremaron las medidas a tal punto que la gente fue expulsada sin dejar coleccionar sus cosechas. Muchos de estos aspirantes a colonos tenían parientes en Ránquil, por lo que buscaron refugio donde ellos; otros se fueron a Santa Bárbara; por último muchos aceptaron una parcelita de 30 a 40 ha., en los riscos de Llanquén, pero sin haber construido previamente casas, por lo que improvisaron viviendas de quilas, y sin víveres para el invierno. Todo esto sucedió en el mes de marzo de 1934.

EL LEVANTAMIENTO

El odio que propagaba el Sindicato en contra de los "ricos" y del Estado de Derecho fue intensificándose, debido a la miseria general y al lanzamiento de los pobladores de Guayalí, considerado un abuso por los integrantes del Sindicato.

La gente no podía reconocer que toda la miseria se debía a las falsas informaciones que recibía de Leiva Tapia sobre la validez de las mensuras y destino de las tierras, siendo la intención de este mantener descontentos a los sindicatos, para tenerlos de esta manera bajo su dominio y poderlos presionar para su propio lucro y ambiciones políticas.

La propaganda cada vez más intensa contra el régimen establecido y los "ricos" fue exacerbando los ánimos. La situación era mala en todo el país; los mismos ranquilinos carecían de víveres para el invierno. Para suplir su escuálida despensa iban a lavar oro a orillas del río Biobío, con la venta del cual podían sobrevivir. A la escasez de alimentos que sufrían los colonos de Ránquil, se agregaba la imposibilidad de los comerciantes de entregarles harina a crédito, como sucedía en años normales, agravándoles el problema. A todo esto se sumaron los parientes lanzados del Fundo Guayalí, a quienes no se les había permitido levantar sus cosechas. Esto produjo la chispa que hizo estallar la pólvora, acumulada a través de tantos engaños que habían soportado los sufridos colonos de Ránquil.

LA REVUELTA

Durante el invierno de 1933 y el verano de 1934 se fraguaron entre los adeptos del Sindicato los planes del levantamiento, hasta que en Junio de 1934 estalló la Revuelta de Ránquil.

Leiva Tapia, durante todos los años que organizara el Sindicato Agrícola de Lonquimay, hasta el estallido de la Revuelta, había ido construyendo su plataforma política, eligiendo entre sus adeptos a los más capaces y más incondicionales.

De esta manera se planificó la Revuelta en sus más mínimos detalles. Estaban nombrados los capitanes principales y sus ayudantes, y estaban elegidas las tropas de choque.

En las reuniones del Partido Comunista en Montevideo, a las que asistía Leiva Tapia, se fijó el 24 de junio de 1934 como el día de un levantamiento comunista internacional, válido para toda Sudamérica. Disposiciones de última hora suspendieron el estallido a nivel internacional, pero Leiva Tapia, quien había venido personalmente a dirigir el levantamiento en Lonquimay, no recibió oportunamente el mensaje de suspenderlo hasta nuevo aviso, por lo cual, fiel al programa internacional, lanzó a sus hombres a apoderarse del

valle de Lonquimay, desde donde proseguirían a Lautaro y Victoria, para finalmente reunirse con otros grupos sublevados y conquistar a Chile para la causa del Comunismo.

El día 24 de junio amaneció nevando; ya hacía días que se había desatado un fuerte temporal que culminó ese día con una intensa nevada. Esta circunstancia parecía favorecer a los sublevados, pues podían tener la confianza de que todas las personas se encontraban en sus casas.

El motín empezó simultáneamente en todos los puntos más alejados, como ser: Guayalí, Lolco y Ránquil.

En Guayalí fueron avisados los Carabineros de que en Llanquén se habían robado unos vacunos, y se les pidió que fueran al lugar para verificar los hechos. Casi al llegar a Llanquén, en la cruzada de una quebrada angosta y profunda, la pareja de Carabineros fue asaltada sorpresivamente por individuos que saltaron sobre las ancas de los caballos. Debido a que nevaba, los Carabineros llevaron mantas de castilla y de agua, las que impidieron defenderse. Así fueron reducidos por la fuerza y llevados a Llanquén, donde fueron muertos, uno a puñaladas y el otro pasado por una sierra. Mientras las hijas de Carmelo Sagredo cantaban una tonada revolucionaria acompañada de guitarra.

El Carabinero que había quedado de guardia en el retén de Guayalí fue sorprendido por su propio compadre, quien golpeó a su puerta después de medianoche, pidiendo que le proporcionara un remedio para su ahijado; cuando abrió la puerta, fue atrapado por otros revoltosos y posteriormente muerto a cuchilladas.

En Lolco asaltaron la casa de la administración, tomando presos a don Juan Olhagaray y a su señora, a quienes les quitaron las ropas y los vistieron con las suyas, haciéndolos servirles, argumentando que mucho habían mandado y que ahora les tocaba a ellos su turno. El administrador del fundo Lolco, don Luciano Gainza, no se quiso rendir; desde el segundo piso hizo fuego con una carabina Winchester sobre los amotinados, hiriendo a uno en una pierna. Sin embargo, cuando se le habían acabado las balas, con la última se mató, sabiendo a las torturas a las que sería sometido antes de morir en manos de los revoltosos.

Los desmanes de éstos iban en aumento; finalmente no se conformaron con hacer cocinar a la Sra. Olhagaray, sino que delante del indefenso y acobardado marido la vejaron repetidamente.

En Contraco asaltaron la administración y tomaron prisioneros a los hermanos Gainza, que apenas hacía un año habían llegado de Francia, descuartizando vivo a uno de ellos y tirando sus miembros al Biobío, sin haberse encontrado nunca sus restos después de la Revuelta.

En Ránquil tomaron prisioneros a más cuarenta personas; la mayoría fue trasladada a Contraco y mantenida en prisión en las bodegas del fundo, de donde noche tras noche eran sacados grupos de a cuatro, los cuales eran muertos a palos y cuchilladas y posteriormente tirados al Biobío.

Corrieron después las versiones más espeluznantes, como al del destino de don Víctor Vergara, administrador del fundo Guayalí, a quien le sacaron los ojos, le cortaron la nariz y la lengua, y finalmente lo castraron antes de matarlo.

En Troyo fue despertado el dueño del negocio don Juan Zolezzi, quien le pidieron que les vendiera remedios para un enfermo grave; éste, sin sospechar nada, abrió la puerta de su negocio, y después de haberles vendido los medicamentos solicitados, le pidieron un tarro de duraznos, para lo cual tenía que subirse a un cajón, por estar los tarros en estantes altos, y en este momento lo aprovecharon los revoltosos para apoderarse de su revólver,

matándolo con él mismo. A las detonaciones se levantó en pijama don Alfonso Zañartu, administrador de la Reserva Fiscal de Ránquil, para ver lo que pasaba. Fue rodeado por una multitud de atacantes y encerrado en un círculo, dentro del cual fue apuñalado por todos lados; la sangre de Zañartu saltaba a borbotones, rociando a los que los circundaban, hasta que después de más de quince puñaladas cayó exhausto.

Un kilómetro aguas arriba trabajaba el señor Fuentes en sociedad con don José Frau, quien tenía una concesión de lavaderos de oro. Fuentes, que apenas hacía cuatro meses se había hecho cargo del negocio, fue asaltado por cuatro revoltosos, de quienes se defendió a mano limpia, gritándole a su esposa que le pasara el revólver; y cuando esta intentó pasárselo, se lo arrebataron de sus manos, encañonaron a Fuentes y lo condujeron a orillas del río Biobío, matándolo con su propia arma.

Así llegó la avanzada al paso de Caracoles, donde el autor, encargado del negocio que ahí tenía don Bruno Ackermann, avisado por una vecina, fue a conversar con los revoltosos, todos conocidos y amigos suyos.

A la entrada de la casa vecina, fue agredido, pero sacando su pistola, mantuvo a raya a los atacantes. Hubo una discusión que duró más o menos tres horas, y finalmente fue puesto en libertad.

DESENLACE

Hasta aquí el relato textual del autor, el que coincide con su participación indirecta en los acontecimientos.

Con los episodios de Caracoles, que a la postre significaron el vuelco de la Revuelta, se convierte accidentalmente en el protagonista. Esas duras experiencias vividas cuando aún no cumplía los 21 años, marcaron para siempre el resto de su vida a aquel joven idealista, que se había formado bajo preceptos cristianos, y por tanto se mantuvo hasta el último momento incrédulo frente a las reiteradas amenazas de alzamiento. Ni siquiera al decidir escribir sobre la revuelta logra superar ese trauma, para dejarlo estampado con su propia letra. Sólo quedan en la memoria de sus hijos y parientes más cercanos los aislados relatos que, en ocasiones muy especiales, hiciera de su participación directa de los sucesos, los cuales han sido refundidos por los editores como sigue:

Ese día, en que la avanzada llegó al balseadero de Caracoles, a media tarde un grupo de ocho hombres se dirigió al negocio que él atendía en calidad de empleado de don Bruno Ackermann. Eran todos hombres conocidos, y a pesar de haberles escuchado en muchas oportunidades que iban a levantarse en armas, al verlos con escopetas bajo sus ponchos, bromeó si andaban en cacería de liebres. Ellos escuetamente le solicitaron municiones, a lo cual les respondió que no le quedaban, y que sólo las encontrarían en el almacén central de los Ackermann cerca de Rahue.

Ante esta negativa se retiraron a la casa vecina de don Balduino Cid, donde se encontraba ya instalado el resto de la avanzada de aproximadamente treinta hombres.

Poco después apareció corriendo la Sra. De don Balduino, y entre llanto y desesperación le contó que un grupo de hombres había maniatado a su marido, y que lo iban a matar por no estar de acuerdo con sus planes.

En ese momento recién se percató de que la revuelta era una realidad. Consoló a la Sra. Jesús, prometiéndole que después de cerrar iría a su casa para interceder por su marido ante los revoltosos.

Antes de salir, como precaución, guardó el oro adquirido en esos días en un jarro que escondió en el interior de un barril con porotos. También entregó al mozo un mensaje escrito, que debía llevarse a Don Bruno Ackermann a Rahue, donde lo ponía en alerta de la situación. Su pistola, en vez de llevarla al cinto, como lo hacía habitualmente, se la colocó dentro del bolsillo del pantalón.

Una vez que cerró el negocio, se dirigió a la casa de Don Balduino, distante a unos 400 mts., del negocio, confiando en que, como conocía a esos hombres, podría lograr salvarle la vida.

Al entrar al fogón, donde se escuchaban voces, le cerraron violentamente la puerta y lo cubrieron de insultos: "de aquí no sales vivo, gringo de m...". Vio en un rincón a don Balduino amarrado. En otro, a dos señoras cocinando. De inmediato se cubrió al espalda contra la pared, dejando pasar detrás de él sólo a Luis Segura, su socio en la siembra de trigo y ayudante en el negocio, quien, sin embargo, empuñando una vara, le dio un golpe en la cabeza. Semiinconsciente y tambaleando hacia el fogón, fue agredido con arma blanca por los compañeros de Segura, comandados por el "capitán" Ismael Carter. Una estocada dirigida al corazón quedó retenida en la libreta de apuntes que usaba en la cartera delantera de su chaleco, causándole sólo un leve corte. Esto lo hizo reaccionar, y mientras uno le arrancaba la cartuchera del cinturón, y otros le dirigían sus cuchillos al estómago, logró zafarse, cayendo uno de los atacantes al fogón. Mientras los restantes compañeros fueron a recatarlo de las llamas, sacó su pistola y logró mantenerlos a distancia, advirtiéndoles furiosamente que al primero que intentara acercarse le dispararía. Nadie sabía que después del primer disparo la pistola se trancaba. Una de las señoras se colgó de su brazo, para evitar que usara el arma. De un sacudón se desprendió de ella y continuó apuntándoles.

Comenzó un diálogo que duró varias horas, donde trató de hacerles ver a los revoltosos que eran víctimas de engaño por parte de Leiva Tapia, dándoles a conocer todo lo que él sabía al respecto. Terminó diciéndoles: "yo sé que voy a morir, pero más de alguno se va a ir conmigo, y aquel que me mate, tendrá para el resto de su vida el cargo de conciencia de haber matado un hombre inocente".

Después de estas palabras el "Capitán" Carter ordenó a su gente atacarlo y matarlo, pero nadie se movió, a lo que Carter procedió a insultarlos a viva voz. Luego condicionaron su libertad a que previamente entregara su pistola. Como no accedía, sabiendo que si lo hacía, era hombre muerto. Carter dispuso a dos hombres, entre ellos a Segura, para que lo vigilaran, mientras ellos se trasladaban al rancho del lado a planear los asaltos del día siguiente. Mientras tanto, el miraba fijamente a Segura, y, como no le daba la vista, constató que era hombre arrepentido de la agresión cometida y por tanto inofensivo. Esto lo aprovechó para enviar con segura mensajes a Carter negociando su libertad.

Entre tanto escuchó los pasos ya cumplidos en el levantamiento, y los planes y estrategias a seguir. El plan original era asaltar el negocio en las primeras horas de la mañana siguiente.

Tanto el mozo que había enviado a Rahue, quien obviamente no fue, como los vecinos participarían en el asalto al negocio y su eliminación como encargado. Luego se dirigirían a Lonquimay para tomarse el pueblo. Tenían todos los balseaderos y pasos vigilados hasta Caracoles. El asalto a Lonquimay estaba planificado en sus más mínimos detalles. Sin embargo el hecho de haberse adelantado él a esta acción, a raíz de la súplica de doña Jesús, trastocó estos planes.

Finalmente, después de varias proposiciones de liberación, Carter aceptó que los dos vigilantes lo acompañaran al negocio, y allá haría entrega de la pistola. De esta forma logró su libertad. Años más tarde se encontró la pistola enterrada en el patio de la casa de la señora Jesús. La había entregado sin el cargador.

Después de lavarse las heridas, salió en busca de su caballo, cuando en plena noche de luna, que radiaba sobre la nieve, vio aproximarse dos jinetes a una distancia aproximada de 50 mts. De inmediato regresó a la casa, en busca de algún objeto para defenderse, pensando que se trataba de los revoltosos. Atinó a empuñar el astil de un hacha, y se aprestó a esperarlos en la puerta. A unos 10 mts. de distancia se detuvieron las cabalgaduras, y escuchó: "¡Carabineros de Chile!". No podía creerlo.

Los dos policías –en desconocimiento de los sucesos por aproximarse al lugar desde Rahue– iban al relevo de los Carabineros de Troyo ya muertos hacía varios días. Ese instante se convirtió en el vuelco de la Revuelta. Rápidamente analizaron la forma de volverse a Lonquimay antes del alba. Como él sabía qué lugares estratégicos estaban custodiados, los guió por otros senderos y vados en una noche tan helada que hasta el Biobío amaneció escarchado. Así lograron llegar a Lonquimay sin encontrar resistencia.

En el pueblo se dio la alarma y se organizó la Guardia Blanca (civil), la que quedó a cargo del pueblo. Los uniformados, al mando del Teniente de Carabineros Luis Cabrera, se concentraron y solicitaron refuerzos del interior del país. Mientras llegaban éstos, con apoyo de algunos civiles, los Carabineros procedieron a enfrentar a la avanzada en el puente Ranquil y alrededores, impidiendo así que los revoltosos llegaran a Lonquimay.

Con esta acción también se evitó que se plegaran a la Revuelta tanto los integrantes del Sindicato que viven en Lonquimay como los de los lavaderos de oro y de las obras del Túnel Las Raíces. Si esto hubiese sucedido, se hubiera generalizado la subversión en el valle, poblado en ese entonces estimativamente por unas seis mil almas, cobrándose muchas vidas.

Cabe aquí hacer notar que en todo el movimiento no hubo participación de indígenas.

Luego llegaron los refuerzos. Carabineros de Chile tomó el control de la situación en el valle, y el Ejército envió sus destacamentos Biobío arriba desde Santa Bárbara. Se invirtieron los papeles. Comenzó la represión; los cabecillas del movimiento fueron exterminados sin piedad. Sólo algunos integrantes fueron entregados a la justicia.

Lo demás es historia, y reencuentra debidamente registrada en los juzgados de la zona, como también en los Anales de Carabineros y del Ejército de Chile.

Los traumas causados por los sufrimientos, las torturas y las pérdidas de vidas, que engendró la agitación política, dejaron marcados a los otrora sencillos y humildes colonos e inquilinos del valle de Lonquimay hasta el día de hoy.

EPILOGO 1960

Durante el Gobierno de Don Jorge Alessandri Rodríguez se consolida definitivamente el saneamiento de los títulos en el sur de Chile entre Biobío y Chiloé Insular, entrando a actuar el DFL N° 65 de 1960, herramienta legal con la cual es posible a través de cuatro artículos transitorios sanear, mediante el otorgamiento de títulos definitivos de dominio, gratuitos, la situación de ocupaciones de terrenos fiscales anteriores al 1° de enero de 1955, que cumplen con determinadas condiciones de tiempo y estabilidad. Estas ocupaciones, que a veces cubren superficies totalmente inadecuadas desde el punto de vista agrícola, como es el caso de zonas como Ránquil, por el trabajo tesonero de toda una vida de los colonos, o de varias generaciones muchas

veces, justifican plenamente su saneamiento. Lo cual es debidamente reconocido por el Gobierno.

Es así como después de la visita a Ránquil efectuada en 1961 por una Comisión Ministerial, integrada por Jorge Saelzer Balde (Agricultura), Ernesto Pinto Lagarrigue (Obras Públicas) y Julio Philippi Izquierdo (Tierras y Colonización) se dispone el saneamiento de títulos de los colonos de la zona, como también la fundación del pueblo de Troyo en lo que fuera la antigua Reserva Forestal de Ránquil y se intensifican las obras viales y de servicios públicos.

En la actualidad el valle de Lonquimay es un rincón apacible y tranquilo. En el intertanto a sido desprovisto en gran parte de sus riquezas forestales, tanto por grandes compañías madereras como también por el muy inadecuado uso del suelo, consecuencia de la excesiva hijuelación. Las hijuelas solamente en casos excepcionales proveen el sustento para las familias de los hijueleros. Muchos van como trabajadores temporales a la vecina provincia Argentina de Neuquén a emplearse en las faenas de cosecha de frutas y otras. La juventud se ve atraída hacia los centros poblados mayores como Victoria y Temuco, ya que en el valle escasean las fuentes de trabajo. Solo el oro sigue alimentando las esperanzas, y se lava a orillas del Biobío y sus afluentes como hace cincuenta años.

El gran aislamiento de esta región ha sido paliado en parte por la obra del Túnel Las Raíces (4.6 km. de largo), habilitado simultáneamente para ferrocarril y vehículos. Hoy en día Lonquimay ofrece más que nada, sus grandes atractivos turísticos aún no explotados en sus numerosos ríos, lagos y lagunas, en sus cordilleras abruptas pobladas de araucarias, y en sus coironales y pampas azotadas por el puelche.

LA VERDAD SOBRE LA REVUELTA DE RANQUIL

AUTOR: HARRY FAHRENKROG REINHOLD